

Escritora nacida en Quindío – Colombia –. Ganó su primer reconocimiento en el mundo de las letras durante el año 1996 en el "V Concurso de Cuento Infantil Comfenalco, Quindío", donde obtuvo el tercer puesto. Posteriormente fue la creadora de un periódico estudiantil donde incursionó en el periodismo, además de participar en varias publicaciones y periódicos locales. Actualmente desarrolla estudios de pregrado en Filosofía, a la vez que continúa con su carrera literaria.

## Anamaria Rozo Martínez

(Armenia-Quindío, Colombia)

Sexto Accésit del II Certamen Internacional de Relato Breve  
sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

### TRIBULACIONES DE UNA PRINCESA EN MEDELLÍN

Princesa había nacido con estrella de pueblo. Sobresalía entre los demás con un brillo lustroso que la acompañaba, un aura que la hacía bella a los ojos de los pueblerinos y que la insertaba en sus almas donde su recuerdo se hacía imborrable y su belleza se volvía perenne. En su casa le habían enseñado a actuar, a hablar, a pensar, y a ser princesa; aunque su madre no fuera reina, ni hubiera en toda su ascendencia ni una sola gota de realeza europea o siquiera cacicazgo indígena. Venía de una familia pobre, con una antigua tradición femenina de esclavitud en la que su tatarabuela fue esclava, al igual que su bisabuela, y que ahora obligaba a su madre a la esclavitud moderna pero poco diferente a la de antaño:



ser empleada de servicio en casa de ricos, con uniforme y sin golpizas, pero con cierta humillación que había permanecido generación tras generación, cultivando un odio perverso y sucio por la envidia. Su madre siempre la protegió de su propia miseria; lavaba y planchaba los domingos para hacer más dinero y comprarle mejor ropa y la vistió como princesa; y le enseñó los modales de los ricos; le llenó la cabeza con sueños de dinero mientras le hartaba el corazón con el orgullo de los reyes; y la volvió como ellos a costa de su vida; y sin ver correr el tiempo ya Princesa era la ama y su madre se había convertido en su esclava.

A Princesa le enseñaron que sus blancas manos no estaban hechas para trabajar, de sus delicados dedos solo saldrían obras de extraordinaria perfección, y fue así que la hicieron artista. Princesa fue admitida en la Universidad de Antioquia para estudiar Artes, y el pueblo entero hizo una fiesta por tres días, el primero y el segundo para celebrar el inusual acontecimiento, y el tercero para despedirla, porque Princesa se iría a la ciudad. Su madre, que en la fiesta sonreía, dejaba caer en la oscuridad de su alcoba, el llanto que se acumulaba en sus ojos, pero antes de salir, se secaba y se acomodaba de nuevo la máscara de cortesía, y salía sonriente para su hija y para el mundo. Princesa no entendió ese llanto hasta que lloró el doble la primera noche sin su madre en una ciudad extraña. Se sentía vulnerable, y nunca antes había sentido tal fragilidad. Supo que no era princesa de nadie, excepto de la mujer que había construido una jaula de cristal especialmente para ella. Odió y amó a su madre varias veces, y se pasó la noche llorando las intensas dualidades de la soledad que hasta ahora empezaba a conocer.

Ella misma buscó su propia casa, le tomó una semana encontrar la adecuada, hasta que se topó con un cuartito en una casa antigua en un pueblito aledaño, que aunque no era exactamente un palacio se acomodaba a lo que sus nuevas condiciones de estudiante modesta le dictaban. La señora que le alquilaba el cuarto era una anciana que las experiencias de la vida habían endurecido más que el pasar del tiempo. Le alquilaba la habitación sin lavado de ropa y sin alimentación, y Princesa pensó que sería fácil e incluso llegó a creer que divertido. Tuvo que aprender desde cero; aprendió a partir un huevo y a saber cuando hierve el agua; le salieron ampollas en los dedos por lavar tres blusas que tenía una semana remojando; comió arroz quemado dos meses; e incluso hizo comidas tan desagradables que ni los gatos de la Universidad aceptaron comer. Llegó a alimentarse de atún porque hasta el chocolate instantáneo le quedaba amargo. Fue entonces que descubrió un restaurante para estudiantes cerca de la Universidad, donde la comida era tan barata que parecía un regalo; tomó la costumbre de almorzar allí todos los días, aunque la saciedad no fuera compensada con la nutrición, de hecho, el hambre le enseñó a comer, nunca despreciaba un alimento que antes como reina desdeñaba; comía ahora como un mendigo con un plato lleno frente a sí; olvidó los modales y no dejaba migajas. Se iba con la barriga inflada y se escondía en la enorme biblioteca de la Universidad, escogía un buen libro y se sentaba en el sillón de la ventana del último piso que le permitía al paisaje acompañarla en su siesta literaria. Un día su estómago no aguantó más maltratos y expulsó en un vómito comida y sentimientos, se desahogó durante dos días y la viejita de la casa le llevaba a la habitación excepcional y misericordemente un caldo de pescado que como milagro la reparaba. Aprendió a agradecer estos pequeños gestos de extraños que



antes hubiera humillado y despreciado. Aprendió estando sola, realmente sola que si quería sobrevivir en la jungla de cemento, no podía estarlo. Tendría que darle su mano a la gente, ensuciarse de pueblo y aceptar, finalmente, que ella también hacía parte de él.

En las noches escribía cartas larguissimas a su madre mientras le subía un poco el volumen a los discos de Francis Cabrel para acallar la música de taberna con la que el vigilante de enseguida dormitaba. Escribía derramando lágrimas y las cartas quedaban salpicadas de nostalgia, al tiempo que sostenía amenazante un zapato con el que mataría alguna osada cucaracha que se atreviera a asustarla. Les temía más a esos insectos que a la misma soledad. Poco a poco había aprendido a matarlas, porque al principio se quedaba paralizada mientras un corrientazo de asco le recorría el cuerpo hasta llegar a su garganta y hacerla proferir gritos que levantaban toda la casa. Desde que mató a la primera, declaró la guerra a las cucarachas y mantenía en constante vigilancia; y aunque ella ganó en varias ocasiones, las cucarachas también daban sus golpes: un día, mientras Princesa intentaba bañarse tiritando a un lado del chorro de agua helada, apareció la más grande que hubiera visto jamás, fue perseguida inerte por aquel animal hasta que pudo matarlo en mitad de la ducha, donde no volvió a entrar en dos semanas. Pero el tiempo de trauma coincidió con épocas de lluvias en Medellín. La ciudad de la eterna primavera era azotada por el agua como si fuera selva húmeda. Llovía veinticinco horas al día y sin bajar la intensidad. Solo en algunas noches la llovizna se hacía tenue y Princesa salía, envuelta en un abrigo enorme, a llamar a su casa. Pasaba las revueltas que a esa hora estaban abiertas y concurridas y caminaba sin prestar atención a los llamados de los viejos ebrios asomados a las ventanas de las tabernas, hasta que llega-

ba a los teléfonos públicos de la iglesia donde gastaba el poco dinero que le sobraba insertando monedas en las ranuras para alargar el tiempo de las comunicaciones con su pueblo, mientras miraba de soslayo los grandes grupos de personas que se agolpaban alrededor de unos estafadores con disfraces de payasos que se hacían pasar por adivinos. Fue una noche de frío en la que se topó con la violencia urbana por primera vez, esa noche llovieron agua y plomo en la esquina de su casa, mientras ella presenciaba un encuentro entre pandillas enemigas que se perseguían en motos. Ella lo vio todo como una película, sin inmutarse por el sonido de los disparos, con la mente puesta aún en la última llamada a casa.

Así vivía Princesa, en otra parte, más allá de la violencia, sumida en su propia nostalgia que le servía de antídoto al dolor externo, y andaba como un caracol en medio de las balas. Un día estaba leyendo un texto en uno de los pasillos de la Universidad, y sonaron varios disparos, las personas empezaron a dispersarse, Princesa alcanzó a quedarse sola en el pasillo y las balas continuaban retumbando. Vio como eran acribillados dos estudiantes que quedaron tendidos en el suelo y cómo se fue el asesino y se perdió en la multitud que corría confundida. Princesa permaneció quieta incluso cuando pasaron por su lado los paramédicos con uno de los estudiantes que la agonía extinguió en la entrada principal de la Universidad; y no se movió hasta que una amiga rezagada en la estampida, la arrastró en su carrera hasta el salón de clases; el profesor, acostumbrado a los petardos que los infiltrados de los grupos ilegales estallaban dentro del Alma Mater, hizo caso omiso de la situación de alarma y prosiguió su clase, como se solía actuar en esos casos; ya nadie se extrañaba de los remesones que sacudían la biblioteca; y era común cargar una bolsita de



leche para evitar la intoxicación con gases; solamente una vez fue útil, cuando utilizaron tantos gases lacrimógenos para sacar a los insurgentes que llenaron toda la Universidad de un aire tóxico. La confusión fue aún mayor cuando un accidente ocurrió en el patio central, donde a un joven se le estalló en la mano una bomba que manipulaba, gritaba cojiéndose el brazo mientras era resguardado por sus compañeros. Princesa empezó a acostumbrarse a ver la guerra de cerca y a catalogar los actos de barbarie como una normalidad, pues se había contagiado de indiferencia. A los pocos días, cerca de la Universidad, en un callejón que acorta las distancias, caminaba detrás de un muchacho que de pronto cayó al suelo con dos estallidos en el pecho. Princesa vio de frente a los sicarios, que por un momento dudaron en acallar también a la testigo, pero aceleraron la motocicleta y la dejaron sola con el muerto al final del camino. Ella le miró bien la cara, al pasar por encima de él, y dejó salir una sonrisa como cierto impulso natural para burlarse de sí misma. Esa noche se prosiguió la fiesta normal del lugar, y los estudiantes bailaron encima del muerto que terminó confundiendo con los borrachos y los drogados que cayeron junto a él. La rumba en Medellín era pesada para Princesa, sin embargo, terminó rodeada de amigos de la noche que la perseguían como abejas a la miel: Lucía vivía desfasada, en otra realidad diferente a la de todos, realidad llena de drogas y sexo; a veces se volvía loca y se desnudaba en los bares, o terminaba golpeando y arañando a las personas del lugar; a Lucía había que protegerla de sí misma. Y a Jenny había que protegerla de Lucía; ambas eran una bomba; se perdían del mundo y se golpeaban contra él; y amanecían agonizando de resaca en la pieza de Princesa, que las sacaba temprano, antes de que Doña Ligia se diera cuenta de esa otra personalidad escondida tras la cara de borreguito extraviado. Andrés

estaba dejando de tomar e ingería una garrafa de vino diaria, el cuál era especialmente barato y accesible al escaso presupuesto estudiantil, y fue el culpable de las primeras borracheras de Princesa, que se vio a sí misma acostada mirando las estrellas perdidas en el smog de la ciudad, en el mismo sitio en el que estuvo reposando antes el muerto. Probó todas las drogas mientras ensuciaba con el humo del cigarrillo su corona invisible de Princesa.

Un día regresaba entrada la noche, con la cabeza obnubilada por la mezcla del vino con las drogas, y vio todas las luces de la casa encendidas. Doña Ligia le abrió la puerta con los ojos inflamados y la abrazó diciéndole en un doloroso lamento que Don Gilberto, su esposo, había fallecido. Toda la familia estaba reunida en la mitad de la sala en la que lo velaban. Princesa se sentó y mientras rezaba una parte del rosario, tuvo la impresión de estar velándose a sí misma. Princesa preparó sus pruebas finales del semestre al lado del muerto, y la siguiente semana, en medio de rosarios y plañideras. El dolor de la familia, que se le incrustaba en el alma hondamente, y las responsabilidades del estudio, la hicieron insomne: vivía en el intersticio entre el sueño y la vigilia, se dormía en clases donde los párpados poseían voluntad propia y se cerraban irremediablemente ante los ojos del profesor; pero en las noches no lograba conciliar el sueño, se revolcaba en la cama ardiendo en un sudor frío y cuando se levantaba a las dos de la mañana presa de la desesperación, veía a Don Gilberto pasearse distraído en el pasillo, y en ocasiones llegó a saludarla con la mano. El terror la invadía y mientras temblaba de pánico, un gato se posó debajo de la silueta de la luna que se veía a través de la ventana, y Princesa se sintió acompañada por otro solitario igual que ella; entonces saludó sin miedo al muerto caminante y ambos se hicieron cómplices de so-



ledad. En el viaje de vuelta a su pueblo, para pasar las primeras vacaciones, era de él de quien más se acordaba. Le daba tristeza pensar que el viejo fantasma de la casa no tendría con quien conversar, y mientras el paisaje de guayacanes rosados y amarillos pasaba rápidamente por la ventanilla del bus, la memoria le cobraba la cuenta del primer semestre. Princesa dejó de ser princesa en un mundo más real que su propia sangre, y volvía convertida en un ser de carne y hueso, lejos de la simple fantasía que había inventado su madre, que no pudo reconocer a su propia hija en esos ojos duros que la cuestionaban, ni tampoco la encontró en un corazón que la nostalgia y el miedo habían petrificado.